

HOMENAJE AL NUNCIO APOSTOLICO, MONSEÑOR CICOGNANI

Con motivo del traslado a Viena, donde desempeñará el mismo cargo diplomático, de Monseñor Gaetano Cicognani, Nuncio Apostólico de Su Santidad, la Universidad Católica del Perú organizó una actuación de despedida, la que se realizó el jueves 3 de setiembre, en el salón de actos en el local de la Universidad. Quiso la Universidad Católica testimoniar en esta forma a Monseñor Cicognani, todo el afecto y la admiración que supo crear en los ocho años largos en que ejerció la representación de Su Santidad entre nosotros, de expresarle su aplauso por su provechosísima labor y agradecerle en especial, su dedicación e interés por la obra de la Universidad. Monseñor Cicognani siguió en todo momento y muy de cerca los progresos de la institución, la alentó y protegió como el que más y le consiguió valiosos amigos y auxiliares. La Facultad de Ingeniería y la Escuela de Pedagogía se pudieron establecer debido en gran parte, a su intervención. Y como manifestara el propio Rector en su discurso de ofrecimiento "su presencia en todos nuestros actos, su nunca desmentida amabilidad en escuchar el relato de nuestras vicisitudes y proyectos; sus palabras de consuelo y aliento, todo ha demostrado que en él tenemos no solo un amigo sincero y abnegado, sino también un Padre afectuoso".

A este homenaje concurren representantes diplomáticos, destacadas personalidades de nuestro mundo social, las autoridades, catedráticos y alumnos de la Universidad y los miembros de la Acción Católica. Hicieron en ella uso de la palabra el Rector de la Universidad, R. P. Jorge Dinthilac, el Decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Dr. José F. Aramburú, a nombre del claustro, el Dr. César Arróspide de la Flor, Presidente de la Acción Católica Peruana, a nombre de ésta y Monseñor Cicognani. El texto de los discursos que se pronunciaron es el siguiente:

Discurso del Rector de la Universidad, R. P. Jorge Dinthilac:

Excmo. Señor Nuncio Apostólico:

Ha sido preocupación constante, inalterable de los Romanos Pontífices fundar y sostener Universidades Católicas en todas las naciones del mundo, pues la Ciencia es la mejor defensora y propagandista de nuestra santa Religión. Y a fuer de celosos cumplidores de su voluntad, los Delegados y Nuncios Apostólicos se esfuerzan por doquiera en crear y en fomentar esos grandes focos del saber. Y de ello es una prueba más la Universidad Católica del Perú.

Se fundó en 1917 merced al entusiasta apoyo de Monseñor Angel Scarpardini entonces Delegado de su Santidad. Sus sucesores inmediatos los Excmos. Señores Lauri y Petrelli la ayudaron en momentos difíciles, más la Divina Providencia la reservaba un Padre y Protector de singulares dotes en la persona del Excmo. Señor Nuncio Cayetano Cicognani merced a cuya activa cooperación iba a cobrar una importancia inesperada.

En efecto, Excelentísimo Señor, siguiendo las inspiraciones de nuestro ilustre Padre Su Santidad el Papa PIO XI y emulando a los grandes Príncipes de la Iglesia fundadores y propulsores incansables de Universidades y Centros de Enseñanza, os habéis interesado con todo ardor desde vuestra llegada a Lima por el desarrollo de nuestra institución.

Os informateis con paternal solicitud de la situación en que se hallaba, y como no fuera muy halagüeña, os brindasteis generosamente a buscarle amigos y protectores.

La Facultad de Ingeniería, ha podido fundarse debido a vuestra intervención cerca de Su Santidad el Papa, a quien pedisteis tuviera a bien concedernos gentilmente el uso del antiguo local de la Nunciatura. Asimismo habéis intervenido eficazmente en la fundación de nuestra Escuela de Pedagogía de la que esperamos grandes bienes para la Religión y la sociedad.

En fin, vuestra presencia en todos nuestros actos, vuestra nunca desmentida amabilidad en escuchar el relato de nuestras vicisitudes y de nuestros proyectos; vuestras palabras de consuelo y de aliento, todo nos ha demostrado que en Vos teníamos no

solo un amigo sincero y abnegado, sino también y sobre todo un Padre afectuoso y un generoso Protector.

Merced a vuestra eficacísima protección, al dejar nuestro suelo podéis ver Excelentísimo Señor, realizado en gran parte el vehemente deseo de sus fundadores. Hoy día la Universidad Católica no es solo una esperanza, es una realidad. Es una Institución viviente y promisoras la que dejáis en pos de Vos y la que con todo entusiasmo trabajará sin descanso por la fé y la extensión de la Religión.

Por eso, Excelentísimo Señor, diversos y poderosos sentimientos nos reunen hoy día en torno vuestro.

Desde luego hemos querido manifestaros la honda pena que experimentamos al considerar que esta es la última vez que os encontraréis en medio de nosotros, y que nunca más os veremos participar en nuestras reuniones ni oiremos vuestras paternales palabras.

Y hemos querido sobre todo rendiros el debido tributo de nuestro más profundo agradecimiento por tantos y tan señalados favores que he esbozado apenas.

Su Santidad el Papa os llama a desempeñar un puesto muy elevado y difícil en una importante capital europea; os felicitamos sinceramente por ello, aunque sea tan a costa nuestra; y estad seguro, Excelentísimo Señor, que nuestras oraciones y nuestros votos os acompañarán siempre, y dondequiera el servicio de Dios os reclame. Y por nuestra parte os pedimos que consideréis siempre a la Universidad Católica del Perú como a vuestra hija predilecta y que desde las tierras más lejanas le mandéis cada día vuestra paternal bendición.

Discurso del Dr. César Arróspide de la Flor, Presidente de la Acción Católica:

Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad; Excmo. Sr. Arzobispo de Lima; Rvdos. Padres; Señoras; Señores:

La Acción Católica, al tributar hoy, en unión de la Universidad Católica del Perú, este homenaje de gratitud y simpatía a su Excelencia Monseñor Gaetano Cicognani, Nuncio de Su Santidad, paga una vieja deuda que los seglares católicos habíamos contraído en incontables ocasiones en que la voz alentadora y el generoso

apoyo de Monseñor Cicognani sostuvo nuestro celo, tantas veces vacilante y torturado ante las adversas circunstancias del ambiente.

La organización integral de la Acción Católica del Perú, hace pocos meses, ha sido la culminación de una larga etapa precursora en la que se ha invertido, oscuramente, un crecido caudal de energías necesarias para abrir la senda del movimiento católico actual. Y en esos años de esfuerzo, que tanto reclamaban la comprensiva acogida de las autoridades eclesiásticas para inspirar sagazmente el celo, a veces desorientado, de los seglares, Monseñor Cicognani acertó siempre a decir la palabra justa que enrumbó el entusiasmo, calmó la inquietud o superó el desfallecimiento.

Me da autoridad para afirmarlo en esta oportunidad, ya muy cercana a su alejamiento de nuestra patria, la circunstancia de haberme correspondido actual personalmente, hace ya algunos años, entre los gestores del movimiento de Juventud Católica, y estar ligado a mi experiencia el recuerdo gratisimo de su espíritu lleno de cristiana simpatía y generosidad para los jóvenes, cuyos desvelos supo discreta y santamente premiar con la confidencial franqueza, por demás alentadora y dignificante, que les demostró siempre.

Fué la época de gestación en la que hubo de superarse el desmedro en que, desde hacía tiempo, vacía el apostolado de los seglares, como consecuencia de la crisis espiritual del mundo que, a fines del siglo XIX, había relegado las actividades religiosas al dominio exclusivo del hogar. La religión, calificada como exigencia de orden sentimental por nuestros pensadores liberales, afirmaba entre los seglares su reinado en la medida en que las condiciones intelectuales cedían el paso—en las diversas épocas o circunstancias de la vida—al predominio del sentimiento. No fué extraño, así, que se la juzgase principal patrimonio de la mujer y del niño y que se razonase, con lógica que hoy resulta risible, que las personas, en proporción al creciente desarrollo de sus facultades intelectuales, se habrían de retraer de las prácticas religiosas.

No bastó la enhiesta permanencia de algunos valiosos exponentes de la fé, entre los seglares, para contrarrestar la mengua que el materialismo de los dirigentes había provocado en la vida religiosa de la sociedad y que fué el antecedente de la descristianización actual. Las organizaciones católicas que, en otro tiempo, habían vivido días florecientes, desaparecieron o vivieron lánguida-

mente en un desfallecimiento a veces más lamentable que su inexistencia.

Fueron muchas las tentativas efímeras y muchos los desvelos caídos en la más desalentadora indiferencia y laxitud del medio. Pareció alguna vez que la juventud no acogería nunca un movimiento afirmativo de la fé. Esta parecía acusar flaqueza espiritual para asumir la actitud viril del libre-pensador y el joven que no se declaraba adverso a la Iglesia, ocultaba, al menos, su adhesión. Catolicismo vergonzante el de este último, que revelaba, tanto como la negación de aquel, el lamentable extravío de una época presuntuosa, que ha pagado con la más torturante crisis económica, su orgulloso enclaustramiento en el positivismo y su insensata abdicación de los fundamentos espirituales de la vida.

Pero la reacción espiritualista europea no tardó en reflejarse en nuestras costas, cuando llegaron hasta aquí los primeros libros de los grandes convertidos, testimonios de las mentes más vigorosas y avisoras acogidas a la verdad de la fé como única solución de la crisis moderna. Y se inicia entonces, entre nosotros, en un sector de la más selecta juventud universitaria, el entusiasta proceso de revaloración intelectual y artística del catolicismo, cuya integral excelencia habían desconocido tan culpablemente las anteriores generaciones.

El prestigio de grandes valores católicos de la literatura y el arte fué el puente tendido desde el descreimiento liberal hasta la fé, para muchos jóvenes que iniciaron su acercamiento en calidad de dilettantis y ganaron, con el tiempo, la convicción de sus más aguerridos defensores. Así llegaron a formarse núcleos de juventud católica que aseguraron la permanencia y prosperidad de los esfuerzos que antes se habían perdido sin resonancia en los espíritus. Reducidos todavía, estos núcleos, han contribuído a formar, sin embargo con otros de hombres y mujeres, un frente católico que ha constituído la base para la organización oficial de la Acción Católica del Perú.

Muy compleja y muy amplia es la obra que ésta, ante la des-cristianización presente, ha de afrontar y para hacerlo, hemos de atender, en primer término, a salvar la saltante deficiencia que se advierte en la preparación intelectual que nuestro medio puede ofrecer a los que se aprestan como dirigentes de una campaña espiri-

tual. Bien sabemos que la orientación practicista de nuestra época ha cercenado las bases de una sólida formación filosófica y que la instrucción religiosa de nuestra juventud marca sensibles deficiencias. Estamos persuadidos, al mismo tiempo, que será efímera y deleznable toda obra que se emprenda sin compensar estos lamentables vacíos y que los dirigentes del movimiento católico de nuestro país han de procurarse, como ineludible requisito para su capacitación como tales, una instrucción religiosa adecuada a su propósito.

Es por eso que una de las iniciativas más valiosas de nuestros grupos dirigentes ha sido la inspirada en la conciencia de estas limitaciones de nuestro medio, que empiezan a salvarse ya con la organización de cursos destinados a su propia formación.

Pero no es, por cierto, este el único soporte que reclama la dirección de la Acción Católica. Fundamental es la vida interior que el dirigente ha de colmar de piedad para que su actividad adquiera auténtico sentido cristiano. La formación ideológica que lo acerque más a la verdad será, sin duda, un estímulo de su piedad, a la vez, que ésta inspirará el santo fervor de la inteligencia. Precisa descubrir a todos los que militan en nuestras filas, la inextinguible riqueza de esta fuente de vida superior, sin la que toda actividad resulta incierta y en riesgo inminente de los más deplorables desvíos.

Las obras sociales que ha de emprender la Acción Católica, al través de sus organismos dirigentes, no serán sino los medios de facilitar la comprensión y la conquista del concepto cristiano de la vida, que no tiene otra norma que la dictada por el ejemplo de Cristo. Tal ejemplo solo puede percibirse, en toda su excelsa claridad, en el estudio y la meditación, de su divino mensaje.

Con esta inspiración—la única cierta—la Acción Católica inicia la etapa de su definitiva organización en momentos en que el Excmo. Monseñor Cicognani deja nuestra tierra que él, en tan importante medida, contribuyó a fecundar para el bien.

Más tarde, cuando después de la ardua tarea, fructifique la buena semilla y desde lejos, en las altas esferas eclesiásticas a las que lo conducen sus auténticos méritos, vuelva la mirada a este suelo amigo, podrá pensar con la serena y silenciosa satisfacción de las almas apostólicas, que en esos frutos hay algo de su propio fervor, que ha florecido para la gloria de Cristo.

Discurso de Monseñor Gaetano Cicognani:

El agradecimiento más sincero inspira hoy mi palabra ante la solemnidad de este acto, que encierra para mí altísima significación y emociona vivamente mi espíritu, no por los halagadores conceptos que acerca de mi obra se han manifestado—expresión de almas corteses y amigas que en sus entusiasmos generosos se han excedido en la medida de su benevolencia—sino porque este grandioso y filial homenaje, sin detenerse en mi persona, va más allá, va hasta la Persona Augusta del Pontífice Reinante, Pío XI; y porque al calor que le prestan delicados sentimientos de cordialidad, se debe añadir el amor a un ideal, que a todos nos une y a todos nos anima en este ambiente de prestigio y de cultura, el ideal de la sabiduría cristiana.

En los inolvidables años de mi estadía en esta tierra peruana, al colaborar en las múltiples actividades de los que con tanto desinterés están al servicio de este ideal, rebosaba de gozo mi corazón de sacerdote, acrecentándose mi complacencia cuando debía ocuparme de esta Universidad Católica, que tan brillantemente desarrolla y realiza de una manera particular la misión que confiara Cristo a los suyos: DOCETE, ENSEÑAD; y que en todo instante ha sabido cumplir este mandato supremo con sacrificios y abnegación evangélica.

Sin alardes ni ostentaciones, pero con firmeza; sin desaliento frente a las dificultades que no son pocas, y a las incompreensiones, que son muchas; con amplitud de miras y con esfuerzo constante, la Universidad Católica, que un grupo de animosos inaugurara hace veinte años, ha venido ensanchando maravillosamente su radio de acción; sus facultades se han multiplicado; sus aulas han resultado estrechas para acoger a sus alumnos; y ha recibido además de parte del Supremo Gobierno un reconocimiento oficial, lo que constituye el testimonio más autorizado de la labor eficiente que la Universidad realiza en bien del País, a la par que, como bien lo ha puesto de relieve el ilustre Profesor de Derecho Internacional, es un nuevo argumento de la visión de estadistas esclarecidos que saben alentar, fuera de toda mezquindad y pequeñez, cuanto concurre al progreso y bienestar de la Nación.

El desarrollo que especialmente en estos últimos años ha tomado la Universidad Católica de Lima, me hace pensar en la semilla del grano de mostaza que crece y extiende sus ramas amplia y saludablemente; así como en el fermento que a la masa humana aporta consistencia y dignidad, y da a la vida el sentido de la grandeza y el perfume del optimismo.

Tal es y tal debe ser la característica de la Universidad Católica: colaborar con la Iglesia para que juntamente con el estudio de los problemas que fatigan al espíritu humano, no perdamos de vista aquel que todos los contiene y todos los ilumina; para que al desentrañar sus secretos a la naturaleza y al corazón sus misterios, no merezcamos el reproche que San Pablo dirigía a los paganos, los cuales lograron en sus investigaciones conocer y apreciar las bellezas del Universo, sin llegar, sin embargo, a descubrir su Autor; y, cuando, en su afán de encontrarlo, tentaron subir hacia El, se vieron ignominiosamente de rodillas delante de los mismos elementos que había sido objeto de sus estudios, y, peor aún, de rodillas delante de sus mismas pasiones.

La Ciencia que es amor a la verdad, se cobija aquí como en su templo, y recibe los honores que merece, pero sin ilusiones ni fetichismos, sabiendo que por si sola no alcanzaría a descubrir todo el misterio que nos envuelve, ni a llenar las aspiraciones que constantemente nos atormentan. "La vida... la vida que cosa vale la vida?" Fué la bien conocida pregunta que se hizo un gran maestro del positivismo, un gran fetichista de la Ciencia, en el momento en que, arrebatado por la desesperación, ponía con mano violenta término a sus días. Alma educada en el seno de la Iglesia y Ministro suyo, la abandona en la persuasión de que su doctrina ya había pasado; y se consagra a la Ciencia con el mismo ardor con que se había consagrado en sus años juveniles a la Iglesia; y en la Ciencia encierra todo el sentido de la vida; escribe para magnificarla poderosos volúmenes; educa en la pasión de la Ciencia, por el espacio de cuarenta años, a generaciones que aplaudían fanáticas los nuevos rumbos que se abrían para la inteligencia humana, lisonjeándose de haber regenerado así a la humanidad. Al cumplir los noventa años las Universidades del mundo entero le enviaron felicitaciones y testimonios de simpatía y de adhesión, pero el eco de los aplausos fué acallado por los estertores de aquella muerte y por el escalofriante significado de aquellas úl-

timas palabras, trágica interrogación frente a la cual quedaron mudos y sobrecogidos sus admiradores y amigos.

No sería noble ni decoroso, por cierto aprovechar de la desgracia de un hombre para condenar una vida que fué totalmente consagrada, lo reconozco, al estudio; y, peor aún, sería, insistir sobre un momento de depresión o de desvío de un alma, para condenar todo un sistema científico y filosófico; empero, así como hay farsas que nos pintan toda una época histórica y toda una mentalidad; así también hay gestos que, por la persona que los cumple, y por momento en que se realizan, y por las circunstancias que los rodean, son el índice del valor de una doctrina y de la consistencia y eficacia de los principios llamados a orientar la vida. La muerte de Roberto Ardigó no fué la muerte serena de Sócrates, obligado a beber la cicuta, ni la de Séneca que se abre estoicamente las venas; fué el gesto de un desesperado, a pesar de su confianza en la ciencia y en la vida, y sus palabras son la confesión de un cruel fracaso. Más que la tragedia de un hombre, fué la bancarrota de un sistema que tanta responsabilidad tiene en los infaustos acontecimientos que afligen a la humanidad en la hora presente.

La lucha que se está combatiendo hoy, en el mundo, no es ya de partidos o de predominio de naciones, es lucha de principios, de esos dos principios, el uno diametralmente opuesto al otro, que están en todo corazón humano "**Video autem aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae...**" Es lucha que puede llevarnos a la ruina apenas perdamos el control de la conciencia, y que está fatalmente lista para dividir a los pueblos y para desgarrar a las naciones, cuando se haya trofiado en ellas el sentido de los valores morales, y se hayan ahogado las más nobles y legítimas aspiraciones del espíritu.

Bien lo ha dicho el ilustre profesor de Derecho Internacional con su cálida y persuasiva palabra en la análisis que ha hecho en su discurso, señalando los males de que adolece la sociedad moderna. Es una crisis, acaso la más aguda de la historia, de valores morales y espirituales, de aquellos valores que la Iglesia nos predica especialmente en las horas más oscuras del espíritu, y que imperturbablemente pregonan en las noches horrorosas de los pueblos, para que no se embrutezcan y para que vuelvan al camino de la dignidad y de la concordia.

La Universidad Católica concurre con la Iglesia a difundir estas ideas de salvación, y en este mismo solemne acto, por medio de uno de sus más preclaros profesores, renueva sus decididos propósitos de apostolado sano y fecundo.

En nombre de la Santa Sede, concedora, en todos sus detalles, de los trabajos llevados a cabo por ésta Universidad, yo me complazco en presentar efusivos agradecimientos al ilustre Rector, el Rev. Padre Jorge Dinthilac, quien desde hace veinte años con celo ejemplar y con fidelidad inquebrantable presta su obra muy merecidamente apreciada; lo mismo que al esclarecido y abnegado cuerpo de profesores, los cuales, por el desinterés que ponen en su misión, han sido y son las columnas de este plantel, y por el fervor con que la cumplen son los propulsores más eficaces del progreso de la Universidad. Una vez más me será grato poner en conocimiento del Santo Padre, y me cabrá la honra de hacerlo personalmente en un plazo de tiempo no muy largo, los nobles sentimientos de filial adhesión y de afectuoso respeto que abrigan los profesores de la Universidad Católica de Lima.

Propósitos de apostolado y sentimientos de adhesión, igualmente intensos e igualmente sinceros, he encontrado en todos los que se han ocupado y se ocupan de la Acción Católica.

A vos, Señor Presidente de la Junta Nacional de A. C. del Perú, dirijo mi palabra agradecida y auspiciosa. La Universidad representa el pensamiento, el estudio de los grandes principios que deben como faros iluminar el camino de la vida; la Acción Católica es la aplicación de este pensamiento meditado y asimilado, que una falange de espíritus resueltos, bajo una austera disciplina, lleva al pueblo, usando todos los medios de una propaganda inteligente y activa, y alentando toda obra de asistencia social y cristiana. Si en el pasado pudo existir indecisiones acerca del carácter específico de la A. C. hoy, después de las enseñanzas del Sumo Pontífice, han desaparecido, pues El se ha preocupado de poner en relieve el carácter sobrenatural de esta acción, la cual no es sino la colaboración de los laicos en la obra de apostolado de la Iglesia.

Al aplaudir la actual organización de la A. C. del Perú, y al hacer por su desarrollo y éxito los votos más fervientes, yo saludo también a los que de esta obra fueron los primeros valientes

soldados, afiliados a las antiguas asociaciones, cuyos nombres recordamos con afecto y cuyos miembros vemos con placer siempre con nosotros, deseosos de aportar su contribución, cualesquiera que sean los cuadros que forman los nuevos ejércitos.

— En esta unión de pensamiento y de acción, en esta concordia de espíritus y de propósitos, yo miro la mejor garantía, para la Nación Peruana, de un porvenir feliz y grandioso en la exuberancia de sus floraciones de bien.

Excmo. Señor Arzobispo, vuestra presencia en este acto me honra altamente, y es una prueba más del celo apostólico de vuestro noble corazón y argumento del favor que dispensais a estas obras de apostolado cristiano. La arquidiócesis de Lima, puesta bajo vuestra inteligente y paternal dirección, tendrá en la Universidad y en la Acción Católica dos admirables fuerzas para llevar a los ánimos la doctrina de Cristo; y como, en un memorable acontecimiento respondió a la palabra, vibrante de emoción eucarística, de su Arzobispo, con el mismo ardor sabrá actuar cuando se trate de defender la fé o de confesarla frente al mundo.

Mis gracias muy rendidas al Excmo. Sr. Embajador de Chile, a los Excmos. Señores Obispos, a las Señoras y Señores que han querido realzar con su asistencia este acto.

Jóvenes de la Universidad Católica, para vosotros sea mi última palabra: en la seriedad de vuestros estudios, en la rigidez de vuestra disciplina, en el entusiasmo de vuestros corazones, en la convicción de vuestros ideales, está cifrada la grandeza de vuestra Patria. En estas aulas universitarias no oiréis otras palabras que las de San Pablo a sus discípulos: "Todo lo que es grande, todo lo que es bello, todo lo que es santo y casto y amable esto debéis aprender y meditar". Será esta la mejor manera de contribuir al progreso de la Nación, y de responder a los que, renovando el viejo sofisma del filósofo Celso y la disimulada maniobra de Juliano el Apóstata, piensan que nosotros, no podemos atender los intereses humanos, porque vivimos absortos en las verdades divinas. Se convencerán los que así piensan que si tenemos los ojos fijos en Dios, es tan solo porque queremos copiar sus perfecciones y realizar aquel reinado de justicia y bondad que nos señaló Cristo cuando nos dijo que debemos ser perfectos del mismo modo que es perfecto el Padre que está en los cielos.